

ANTROPOLOGIA E ILUSTRACION EN NUEVA ESPAÑA*

*Virginia González Claverán***

“El español estudia en silencio el gobierno, las costumbres, la civilización, y es el único que, de regreso en su casa, saca de lo que ha visto algunas observaciones útiles a su país. . .”

Juan Jacobo Rousseau

La Expedición Malaspina

Con la cercanía de la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de la inefable América, ha cobrado fuerza el interés en las expediciones científicas, y entre ellas, por la Expedición Malaspina, pues justamente ahora se celebra el bicentenario de su realización.

Es, sin lugar a dudas, el viaje científico español más importante del Siglo de las Luces. Se debió a la iniciativa de un gran marino noble, oriundo de Mulazzo, Italia, quien había crecido en la corte virreinal de Sicilia y se

* Conferencia leída el 16 de agosto de 1989, dentro del “Programa Académico 1989” de la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología, A.C.

** Profesora-investigadora en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Secretaria de Actas de la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología, A.C.

había educado con los jesuitas en el Colegio Clementino de Roma. En 1774, a los 20 años de edad, Alejandro Malaspina inició sus estudios en la prestigiosa Real Escuela de Guardiamarinas de Cádiz. Catorce años más tarde, el marino de Mulazzo tenía en su haber varias campañas militares, circunnavegaciones exitosas y —en su contra— un proceso inquisitorial por irreverente y por creer en la reencarnación de las almas.¹ Poseedor de un espíritu inquieto y soñador, también tenía en mente realizar un proyecto de “viaje político-científico” que emulara las importantes hazañas marítimas de franceses e ingleses. Para suerte suya, y de la Historia, el monarca borbón Carlos III apoyó el ambicioso plan, y a su hijo y sucesor en el trono, Carlos IV, tocó la tarea de auspiciarlo.

La empresa contó con el máximo apoyo oficial, y por ende, con los más selectos recursos materiales, entre los que se contaban dos magníficas corbetas hechas expofeso para el viaje, instrumental científico importado, un archivo, una biblioteca y una mapoteca especializadas, y por supuesto, un equipo humano altamente capacitado formado por oficiales-científicos de la Armada, naturalistas, artistas, médicos, así como la mejor tropa y marinería que pudo contratarse.

El viaje se inició el 30 de julio de 1789 y concluyó el 21 de septiembre de 1794, es decir, duró poco más de un lustro. Se exploró América desde la desembocadura del Río de la Plata hasta el extremo meridional del continente. A partir de allí, la *Descubierta* y *Atrevida* —así se llamaron las corbetas exploradoras— navegaron por las costas del Pacífico, haciendo escalas portuarias y desplazándose sistemáticamente tierra adentro, hasta alcanzar la tundra de Alaska. Desde los 60 grados de latitud norte regresaron al sur, al litoral novohispano, para emprender la dilatada navegación transpacífica que tuvo como destino las Filipinas, tras breve escala en las islas Guam o Marianas. Visitaron también Macao, Australia, Nueva Zelanda y las islas Tonga. Desde aquel archipiélago regresaron al Perú y tras seguir el contorno sudamericano se concentraron en Montevideo para emprender poco después el retorno a la patria, anclando felizmente en el puerto terminal de Cadiz, al comenzar el otoño de 1794.²

La empresa malaspiniana tenía metas tanto de índole política como científica. Los objetivos políticos estaban encaminados a estudiar con ojo crítico las posesiones ultramarinas del Imperio Hispánico: su modo de gobierno, su organización social su economía sus posibilidades ofensivas y

1. Véase Manfredi, Dario, *L'inchiesta dell'inquisitore sulle eresie di Alessandro Malaspina*, La Spezia, Centro “Alessandro Malaspina” per la storia e le tradizioni marinare, 1987, 23 pp.

2. Sobre la organización y desarrollo del viaje en general, y en la Nueva España en particular, véase: González Claverán, Virginia, *La Expedición Científica de Malaspina Nueva España (1789-1794)*, México, El Colegio de México, 1988, 528 pp., y, González Claverán, Virginia, *Malaspina en Acapulco*, Madrid, Turner/Instituto Guerrerense de Cultura, 1989, 217, pp.

defensivas, incluyendo la fría evaluación de las amenazas que se cernían sobre determinados territorios de gran interés monárquico. Los objetivos científicos de la expedición fueron también de enorme importancia y muy diversos, pues abarcarían disciplinas como la botánica, zoología, física, química, astronomía, cartografía, oceanografía, historia, demografía, economía, antropología.

Cabe destacar que la Expedición Malaspina sería, además de científico-política, una misión de paz, y que el estudio del hombre sería asimismo uno de los principales móviles del viaje. El comandante quiso que en él prevaleciera el respeto hacia todos los hombres; prueba de ello es que antes de iniciar la travesía advirtió textualmente a sus subordinados: “No penetremos en tierra alguna habitada que no sea con el pleno consentimiento de sus habitantes, y aun con los Símbolos de la Paz”. Esta advertencia se refería particularmente a los pueblos que no estaban bajo el dominio político y cultural de España, pero en general, se pretendía que todos los indígenas sin excepción fuesen tratados con el debido respeto. Con profundo orgullo humanista, cinco años más tarde Malaspina aseguraría que su viaje explorador no había costado una sola lágrima a hombre alguno.

Por otra parte, vale la pena señalar que el rey Carlos IV recomendó en 1789, que también se procurara “. . .la felicidad del hombre cualesquiera sean las regiones aún reconditas que habite”. Recordemos que hacer feliz al prójimo es uno de los anhelos más nobles y bellos del Siglo de las Luces.³ Esto también explica en parte el por qué Alejandro Malaspina escribió antes del viaje que era recomendable liberar a “. . .casi todas las Naciones Indias”, permitiéndoles comerciar según su conveniencia, y, que era menester que España renunciara al cobro de diezmos, tributos y estancos, que, sin aumentar las arcas del rey, hacían culpable al español e infeliz al indio, a quien por cierto debía sujetarse con sólo el “Dulce Alago de la Religión”. En fin, Malaspina desaprobaba el que la felicidad de los españoles se lograra a costa del sacrificio de América, y sobre todo de los súbditos indígenas. Pero al mismo tiempo creía que los argumentos de los propagadores de la Leyenda Negra que aseguraban que España maltrataba cruelmente a sus vasallos, era exagerada y malintencionada.⁴

* * *

La Expedición Malaspina llegó al opulento reino novohispano a principios de 1791 y su labor ahí absorbió prácticamente todo aquel año. El comandante visitó la sede virreinal en abril y tuvo ocasión de entrevistarse con el progresista II conde de Revillagigedo, uno de los mejores, o tal vez

3. Véase Iglesias Cano, María del Carmen, “Pensamiento ilustrado y reforma educativa”, en *Carlos III y la Ilustración*, Madrid, Ministerio de Cultura/Lunwerg Editores, 1988, p. 255 y ss.

4. Archivo Histórico Nacional, Madrid, *Estado*, Legajo 4289.

el mejor gobernante que tuviera nuestro país durante la Colonia. Ambos, hombres aristócratas, inteligentes, de gran responsabilidad moral, y al parecer masones, simpatizaron entre sí y se identificaron plenamente desde el punto de vista ideológico. La visita fue de lo más fructífera, no sólo porque Revillagigedo orientó a Alejandro Malaspina respecto a la política a seguir en el Noroeste de América, y, respecto a varios puntos relativos a la pródiga y variada Nueva España, sino también porque Malaspina obtuvo del virrey la promesa de recibir —casi incondicionalmente— apoyo material para su empresa, y su notoria presencia hizo que personas de la talla de José Antonio Alzate y Ramírez, de Eugenio Santelices o de Antonio León y Gamma, entre otros, cooperaran de muy buena gana con el marino y su gente, poniendo a su entera disposición sus casas, papeles, libros e instrumentos, lo cual desde luego fue muy beneficioso para la expedición.

Otra de las repercusiones fundamentales de esta visita fue que el capitán Malaspina tomara entonces la decisión de nombrar una comisión, la *Comisión Científica Novohispana*, que debería llevar a cabo una serie de investigaciones en “la perla” del Imperio; medida singular que por cierto no se repitió en los sesenta y dos meses que duró el viaje “político-científico”. Dicha *Comisión* se dividió en dos subgrupos, uno de astrónomos al cargo del marino Dionisio Alcalá Galiano y otro de naturalistas al mando de Antonio Pineda y Ramírez del Pulgar.

Los naturalistas se desplazaron por una vasta zona del virreinato que comprende a siete estados de la actual República Mexicana: Guerrero, Morelos, México, Puebla, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato y el distrito Federal. Los resultados de sus investigaciones han llegado a nosotros a través de respuestas a cuestionarios elaborados por ellos, y, por sus diarios de viaje. Los diarios que mejor conozco son los del militar Antonio Pineda, una de las figuras estelares de la Expedición Malaspina, y quizá, el principal protagonista de la *Comisión Científica Novohispana*. La información recopilada por este grupo es asombrosa y de gran valía, pues nos permite aproximarnos con fidelidad a la Nueva España de las postrimerías del siglo XVIII.

Antropología e Ilustración

Espero no cometer una injusticia al afirmar que, en general, los antropólogos de nuestro tiempo tienden a ubicar el origen de la ciencia antropológica en el siglo XIX; sin embargo, también es cierto que cada vez se extiende más la conciencia de que la etnografía y la etnología tuvieron sus raíces varios siglos atrás. Por ejemplo, muchos de los religiosos españoles que tuvieron contacto con los indígenas de América en una época apenas posterior al inicio de la conquista, al escribir acerca de sus experiencias, e investigaciones sobre las culturas autóctonas en realidad hicieron las veces de

antropólogos. En el siglo XVIII, el gran siglo de “la Razón”, renació con fuerza el interés por los grupos humanos de distintas regiones del orbe, aplicándose entonces para estudiarlos una metodología científica más rigurosa que antaño; por ello se afianza cada vez más la idea de que la etnografía y la etnología tuvieron su origen precisamente en el siglo XVIII. No olvidemos que es el siglo de Demeunier —uno de los pilares de la antropología social—, del conde de Buffon —uno de los iniciadores del estudio físico del hombre— y de grandes figuras como Voltaire, Rousseau, Diderot y Cook, quienes dedicaron especial atención a grupos y culturas desconocidas para los europeos. Por otra parte, los avances en la ciencia y en la técnica permitieron el conocimiento de todo el planeta, y con ello, se pudo generalizar a propósito de la humanidad.⁵

Según el historiador Fermín del Pino, los datos etnográficos reunidos por la Expedición Malaspina fueron especialmente numerosos e interesantes en relación a otras expediciones científicas españolas. Añade que sus investigaciones se realizaron “. . . con las mismas precauciones epistemológicas que se empleaban en el estudio de la mineralogía, la flora o la fauna”. Además, los expedicionarios de la *Descubierta* y *Atrevida* no se quedaron en la fase etnográfica, pues intentaron “explicar las diferencias culturales con base en ciertas teorías generales cuya validez general cuestionaban”.⁶

A fin de facilitar el trato y comercio con los indígenas de América y de las Islas del Pacífico, Malaspina se preocupó por llevar en las bodegas de los navíos una buena cantidad de objetos de intercambio; inclusive se recurrió —dada su conocida experiencia con el navegante James Cook— al acaudalado naturalista inglés, Joseph Banks, quien debería sugerir qué bagatelas debían comprarse en Londres. También se consultó a otras personas y al marino Luis de Córdoba se le pidió entregar a Malaspina “. . . los abalorios sobrantes de la expedición del paquebot *Casilda* al [estrecho de] Magallanes”. Entre estos objetos se hallaban prendas de vestir, hojalatería y piedras de fantasía.⁷

En el caso de Nueva España, debo subrayar que Malaspina manifestó un gran interés en que se estudiara la historia de los indios prehispánicos

5. Bougainville, L.A., de, *Viaje a Tahití*, Diderot, *Suplemento*. Pról. de Joan Bestard, Barcelona, José J de Olañeta Editor, 1982, pp. 12-13. Respecto a lo último, el ginebrino Rousseau protestó en su tiempo que: “. . . la tierra está cubierta de naciones de las que no conocemos mas que los nombres y nos ponemos a juzgar al género humano”. Cfr. también, Pino Díaz, Fermín del, “Los estudios etnográficos y etnológicos de la Expedición Malaspina”, en *Revista de Indias*, 169/170, Madrid, CSIC, 1982, p. 396.

6. “La Etnografía se concebía entonces como una parte de la biología y se describían los usos y costumbres de cada animal, junto a sus características morfológicas”. Pino Díaz, artículo citado, pp. 459-460.

7. Archivo del Museo Naval, Madrid (En adelante AMNM), Ms. 583, ff. 17v-18; Ms. 426, ff. 102-102v.

con el objeto de enriquecer su perspectiva acerca de la civilización mesoamericana, y, en que se estudiara asimismo la situación del indio contemporáneo, parte viva e indispensable de la sociedad colonial; esto último, desde luego, con fines eminentemente prácticos. Esta misión investigadora recayó en los hermanos Antonio y Arcadio Pineda y Ramírez. Arcadio reunió bibliografía e información documental en los acervos de la ciudad de México; pero, la principal información de los indígenas dieciochescos la proporcionan los interesantísimos diarios del militar y naturalista Antonio Pineda. Desgraciadamente su muerte temprana en Filipinas (1792), impidió que organizara sus notas, armando con ellas un *corpus* científico de cada disciplina por él cultivada. Pineda nació en Guatemala hacia 1751,⁸ y muy pequeño marchó con su familia a España. Es otro hijo intelectual de los jesuitas, pues fue alumno del Real Seminario de Nobles y más tarde ingresó al cuerpo de las Reales Guardias Españolas. Le apasionaban las ciencias, tanto las naturales como las exactas, y era un agudísimo observador; gracias a esto último sus notas que hoy pertenecen a lo que se llama la antropología cultural, son de una gran riqueza, pues el naturalista no se circunscribe a la descripción física de los indios, sino que estudia cuidadosamente la naturaleza de cada región, de modo que automáticamente va situando a cada grupo o comunidad en un habitat geográfico preciso. Veremos que igualmente hace alusión a su vestido, carácter, organización familiar, gobierno, prácticas religiosas y actividades económicas. En este trabajo nos ocuparemos de rescatar fundamentalmente —parafraseando al padre Joseph de Acosta— la “Historia moral del indio”, o dicho de otra forma, “las obras del libre albedrío”, haciendo la aclaración de que la Historia y la arqueología de los indios mesoamericanos, aunque no serán tratadas aquí, no fueron olvidadas por la Expedición Malaspina.⁹

El ser físico del indio

El primer contacto de la misión con los indios de México tuvo lugar en el actual estado de Guerrero. Las excursiones de Pineda por el interior, que le llevaron desde la capital hasta los reales mineros de Hidalgo y Guanajuato, le permitieron estudiar las formas de vida de la población indígena asentada en el centro del virreinato.¹⁰ Es menester indicar que, aunque la Expedición

8. En algunos documentos se lee que Antonio Pineda nació en 1753. Por su parte el investigador Andrés Galera señala que la fecha de su nacimiento fue el 17 de enero de 1751. Cfr. Galera Gómez, Andrés, *La Ilustración Española y el conocimiento del Nuevo Mundo*, Madrid, CSIC, 1988, p. 5.

9. Dada la importancia y riqueza de este tópico, la autora de este artículo estimó conveniente escribir otro por separado, el cual está en prensa.

10. Antonio Pineda no se preocupó por dilucidar el problema del origen de los indios de México. Al parecer, la resolución de esta incógnita la encomendó el sabio criollo José Antonio Alzate



Felipe Bauzá: *Familia de Indios Mexicanos*, Expedición Malaspina, Musco de América, Madrid.

Malaspina recabó datos de los indios de las Provincias Internas, no me ocuparé de aquellas etnias norteñas porque la *Comisión Científica Novohispana* no se desplazó más allá de la Intendencia de Guanajuato; su información respecto a ellas se basa en manuscritos y bibliografía de otros viajeros y misioneros. Curiosamente, el capitán Malaspina coincide con la apreciación del virrey Revillagigedo respecto a que los indios nómadas del norte que no aceptaban doblegarse ante el español, eran indios bárbaros y salvajes. Ya veremos que Antonio Pineda encontró defectos y vicios en los indios del centro de la colonia, sin embargo, nunca les aplica esos dos calificativos.

El naturalista describe por primera vez a los indígenas en el pueblo de Mazatlán (Guerrero), de la siguiente manera:

. . .son hombres de caras anchas. . . aovadas, frente angosta, naris anchas aguileñas en la base y distantes en la boca, ojos rasgados, pelo lacio, no son tan carnosos, pero más guesudos que los del Perú. . . las mujeres tienen generalmente buen pelo facciones análogas, pechos bien hechos anchas de cadera. . . el pelo lo reparten en dos trenzas.¹¹

A este párrafo añadiremos que son de color bronceado, y, con muy pocas variantes será el tipo físico que Pineda vió a lo largo de sus travesías por Nueva España. Por otra parte, el naturalista observó que tenían la piel resistente, por ejemplo supo que los indios de Guerrero eran inmunes a las picaduras de las hormigas, y, que los otomíes habitantes de Salvatierra (Guanajuato) aguantaban bañarse en aguas termales a una altísima temperatura. Otra de las características esenciales de un indio mexicano no pasó desapercibida a Pineda: el hacer grandes caminatas a gran velocidad. Particularizando, respecto a los indios de Texcoco, escribió “. . .ya hombres y ya mujeres. . . de ambos sexos se notaba que hay muy buenos andadores dos de ellos seguían mi mula que handava de 170 a 200 pasos cada minuto, por muchas horas”.¹² No es casual que hasta nuestros días uno de los pocos deportes en que destaca el mexicano es justamente la marcha, que requiere gran fuerza y resistencia en las piernas.

Con prejuicio racista, Pineda encontraba más guapos a los indígenas

y Ramírez (1737-1799), quien expresamente para los expedicionarios relató un hermoso documento indigenista en el que hace una apología y defensa de sus paisanos indios (González Claverán, Virginia, “Notas a un documento indigenista inédito de Alzate (1791)”, en *Quipu*, Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, vol. 6, núm. 2, México, mayo-agosto de 1989, pp. 151-170). Asimismo regaló a la Expedición Malaspina un artículo suyo publicado en octubre de 1786 en las *Gacetas de Literatura*, titulado “Del origen de los indios mexicanos”. Curiosamente Humboldt, a principios del siglo XIX hizo una descripción del indígena de nuestro país, en partes muy similar a la de Alzate. Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Prol. de Juan A. Ortega y Medina, 2a. ed., México, Editorial Porrúa, 1973, véase capítulo VI, pp. 51-76.

11. *Cit.*, en González Claverán, *Malaspina en Acapulco*, p. 150.

12. AMNM, MS. 562, f. 63.

menos morenos, no obstante reconoce que hay hombres bien formados y mujeres hermosas; a éstas últimas las observaba cuidadosamente encontrándolas atractivas cuando su pecho era de forma armoniosa, aunque les criticara su poco garbo:

[Los pechos] . . . se les alongan y desgracian cuando son casadas o Nodrizas, las solteras suelen tenerlos de hermosa conformación, en sus facciones se nota mucha regularidad y algunos hermosos ojos negros, si ellas tuvieran más ayre no parecerían mal, suelen adornarse con algunos abalorios en gargantillas y pulseras.¹³

Al igual que muchos otros estudiosos y viajeros —entre ellos Humboldt— Antonio Pineda advirtió la extraordinaria resistencia física del indio que, por decirlo de algún modo, lo hacía “inmune al tiempo”, es decir, su longevidad. Por ejemplo, supo por el cura de Cuachultenango (Guerrero) que ahí vivía un indio de 120 años. En la población de Ucareo, en el occidente del reino, abundaban los centenarios. Pineda anotó en su diario que había cuatro “de razón” (como absurdamente llamaban los españoles a los no indios) y más de ocho indios, fenómeno que el naturalista atribuye a lo benigno del clima. Cabe también citar el caso de un indio llamado Juan Agustín quien *recientemente* había fallecido en Tlalpan, pueblo vecino a la capital, a la edad de 122 años 8 meses. Con base en los datos del párroco local Pineda describió las características somáticas del anciano en cuestión, contándose entre sus interesantes reflexiones las siguientes:

Este suceso confirma una observación que tengo echas entre los yndios y jentes simples no dadas a la especulación y contracciones de espíritu; el periodo de su vida se prolonga notablemente, con poca disipación un régimen arreglado, unos alimentos simples y el moderado dispendio de espíritus animales.¹⁴

Aunque los indios solían trabajar hasta el fin de sus días, Juan Agustín ya no se movía; se redujo de tamaño y parecía “. . . un trónc [con] las manos que semejaban a un manojo de raises”, pero conservaba su razón y contestaba lúcidamente a cuanto se le preguntaba.

Casa, comida y vestido

Gracias a lo que Antonio Pineda vió y a lo que le contaron, pudo reunir una considerable cantidad de datos acerca de la manera de ser del indio, de sus vicios y cualidades, así como de sus creaciones y forma de vida.

13. Cit. en González Claverán, *Malaspina en Acapulco*, p. 151.

14. Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid (en adelante AMNCNM), Legajo 3, Carpeta 6; AMNM, Ms. 583, ff. 83-83v.

Ante todo, impactó al explorador guatemalteco su extrema pobreza, su forma sencillísima de vivir, a tal punto que escribió en su diario:

Esta nación frugal y desidiosa, la mas humilde Sufrida de la Tierra, tiene tal indiferencia por todo lo que no posee que lo mira lo mismo que si no existiese el lujo los adornos, las Comodidades. . . en muchas de sus costumbres parecen a los Gallegos de España, las Mugerres y aún los muchachos mas tiernos se ben cargados con su Capa choca (?) que cuelgan de la Cabeza de la Madre marcha delante y la pequeña familia sigue sus pasos así transportan frutos para el mercado y conducen sus efectos.¹⁵

El indio es pues frugal para comer, y su casa y vestido, son igualmente parcos. En el medio rural, el indio se alimenta fundamentalmente de maíz, chile y frijoles. Y respecto a la ciudad de México, se escribió que “. . . la pleve se alimenta de menestras, judías, arroz y algún ligero atole sin que falte el chile o Pimiento en sus condimentos. Abunda México en fondas figones y figoncillos. . . la pleve. . . parece que come mejor que visté”.¹⁶ Por otra parte, informaron a los expedicionarios que. . . “chile, pulque y cigarrillos, son tres cosas esenciales, sin las cuales. . . no puede pasarse en este país”.

En cuanto a la vestimenta, ésta desde luego variaba conforme a las regiones que visitó el naturalista. Se usaban ciertas prendas para las zonas frías y otras para las tierras calientes; el viajero registra las básicas: quesquemes, huipiles, rebozos, fajas, ponchos, camisas de algodón y lana burda, faldas de cintas multicolores, sombreros de palma y calzones de cuero. Cabe señalar que Antonio Pineda se topó con grupos de origen náhuatl y otomíes, y por cierto, respecto a la lengua de los primeros opinó que era “. . . de una pronunziacion muy dificultosa”, mientras que de los otomíes del Mezquital apuntó que “. . . hablan un idioma dificilísimo”. Pineda observó que casi todos los otomíes de Salvatierra eran castellano-parlantes, pero, aunque lo hablaran y entendieran perfectamente, preferían hacerse los desentendidos, cuando alguien los requería.

El naturalista tomó notas sobre la indumentaria de los indios en general, pero es más común que se ocupe en sus diarios de la del *vello sexo*, o del “sexo”, como designa a las mujeres, lo cual, dicho sea de paso, refleja la concepción hembra que tenía de ellas. De las indias de Tecozautla señala que andaban mal peinadas, que un rebozo les cubría de la cintura para arriba y que generalmente traían una camisa rota, o ninguna; por falda usaban un “. . . mal refaxo o pieza de paño” y no usaban fondo o “nagua” por deba-

15. *Cit.*, en González Claverán, *Malaspina en Acapulco*, p. 150.

16. AMNM, Ms. 562, ff. 126-145. Respecto al equilibrio nutricional de la alimentación mesoamericana véase: Bonfil Batalla, Guillermo, *México Profundo. Una civilización negada*, México, CIESAS/SEP, 1987, pp. 57-58. *Cit.*, en González Claverán, “Notas a un documento indigenista. . .”, en *Quipu*, pp. 161-162. A propósito de esta cuestión, el mismo Pineda cita el caso de indígenas del Estado de Guerrero que se alimentaban de insectos (proteínas): “. . . cochinitas negras con pintas vivisimas de escarlata. . . que les comen los naturales”. AMNM, Ms. 563, f. 68v.

jo. Regularmente andaban sin medias y descalzas. Las indígenas de Puebla traían:

. . .sobre la nagua ordinaria una especie de Dalmatica. . . ó sobrepelliz de algún género de lienzo mas o menos delicado al qual llaman *guipil* y suele estar adornado con encaxes y vordados elegantes.¹⁷

Por su parte, las indígenas de Chilpancingo usaban una camisa de algodón que les llegaba al ombligo. Arreglaban su cabello tejiendo dos trenzas que unían por arriba de la frente, o que les colgaban a los lados de la cabeza. Muchas en vez de camisa usaban un manto en forma de pico que les dejaba al descubierto los pechos. De los indios de aquella misma región, Pineda anotó que “Los calzones siempre se [les] asomaban por debajo del pantalón a la altura de la rodilla y el pecho y los muslos se los cubrían con un delantal que les protegía de las ramas cuando andaban en el monte”.¹⁸

En algunas regiones las indias andaban desnudas del torso y los pequeños indios sólo traían taparrabos. Respecto a los pastores de Ixmiquilpan se dijo que su vestimenta consistía en un trapo roto y mugriento liado a la cintura y otro igual acomodado en los hombros y cabeza. Por otra parte, mientras que a algunos indios se les caía la ropa a pedazos, a los nativos de la próspera Iguala se les describe muy bien vestidos y calzados.

Por lo que respecta a sus viviendas, Antonio Pineda siempre se refirió de manera despectiva a ellas. Los indios, como bien observó el doctor Alzate, vivían en armonía con la naturaleza y aprovechaban lo que esta les ofrecía.¹⁹ Así pues, sus casas generalmente estaban fabricadas con materiales naturales de su habitat, y eran adecuadas para el clima; sin embargo Pineda nunca entendió ni apreció la arquitectura vernácula indígena; calificó sus viviendas de chozas, jaulas, barracas, miserables jacales. El naturalista describe casas hechas con los más variados materiales, tan variados como los ecosistemas que recorrió; de adobe, de palmas, de ramas y estacas, de piedra volcánica, de hojas de pita, con techos de tejamanil, de teja, de palma. . .

Las califica de pequeñas e incómodas. Prácticamente carecían de muebles; apenas tenían algún banquito, y cabe recordar que desde los tiempos prehispánicos los indios usaban una esterilla de palma tejida para dormir: el petate, que inclusive se usa hasta nuestros días. Solían tener varios utensilios de cocina y en la mayoría de las casas había un pequeño altar o *santocal* destinado al santo tutelar, donde acomodaban “. . .cuantos dixes y estampas llegan a sus manos durante generaciones”.²⁰ Sabemos que los indios de Chil-

17. AMNM, Ms. 562, f. 206.

18. *Cit.*, en González Claverán, *Malaspina en Acapulco*, p. 151.

19. Véase González Claverán, “Notas a un documento indigenista. . .”, en *Quiipu*, p. 159.

20. A propósito de esta propensión a guardar objetos, Pineda también observó que les gustaba mucho —particularmente a los otomíes— guardar monedas en sus casas (AMNCCNM, Legajo 3, Carpe-

pancingo habitaban casas de materiales frágiles, ocasionalmente cubiertas de teja. De los techos suspendían las piezas cónicas de *panocha* o *piloncillo* para ponerlas a salvo de los animales golosos; ya que siempre ardía el fuego dentro, sus moradores estaban perfectamente habituados a un ambiente humoso y renegrido.

Su carácter y sus costumbres amorosas

Entre los vicios que Pineda notó a los indios se encuentra su inclinación a la bebida; exceptúa a pocas comunidades de esta afición, bien sea al pulque, al *chinguirito* o aguardiente de caña, al *ringarrote*, y a la *chicha*. Durante su estadía en la ciudad de México, los artistas de la expedición dibujaron una de las 44 pulquerías que había, repleta de indios y zaragates, y en la escena hasta los españoles no desdeñan empinarse una jícara de pulque: constituye una magnífica instantánea de 1791. En efecto, según fuentes malaspinianas, no eran sólo los indios los consumidores de pulque, la bebida nacional por excelencia, también otros grupos raciales lo consumían. En el precio de la bebida iba incluido el precio del vaso o jícara y era lo común invitar a todos los presentes, de modo que, al decir de nuestro viajero “. . .en las pulcherías que es la pasión dominante” iba a sepultarse el misero salario de la plebe citadina. El chinguirito era también muy consumido en unos establecimientos llamados *jaranas*. Según el decir popular de los indios de aquella época, “. . .licor que no emborracha no agrada, debe *raspar*”.²¹

Otro de los defectos que Pineda encontró y que muchos otros seguirían encontrando— en la manera de ser del indígena era su maña, su hipocresía defensiva, esa actitud de aparente mansedumbre que caracteriza al *indio ladino*. Respecto a ello le alertó por primera vez el cura de Cuachultenango quien le explicó que, a la vista, los indios parecían humildes, pero que en realidad eran *cabilosos*; más tarde el militar Antonio Pineda supo por sí

ta 5); quizá, motivados por la cotidiana escasez de moneda circulante en el reino. Por otra parte, presumiblemente se las heredaban de padres a hijos, puesto que a menudo conservaban rarísimas piezas acuñadas en el siglo XVI.

21. AMNM, Ms. 562, ff. 126-145. Alzate también criticó el alcoholismo del indio mexicano “. . .y hasta la fecha es de lamentar que siga siendo uno de los problemas nacionales por resolver, tanto anivel rural, como urbano. Explicar el por qué de esta inclinación no es fácil; se puede argüir que beber era una tradición ritual prehispánica que pervivió a través de los siglos; pero sin duda también se entremezclaron otros factores más complejos inclusive que los meramente comerciales, porque, por ejemplo, los productores de pulque, aguardiente y *chinguirito* salían gananciosos con esta debilidad del indio mexicano. El impuesto del pulque representaba una de las principales entradas del evario novohispanos en el siglo XVIII”. González Claverán, “Notas a un documento indigenista. . .”, en *Quipu*, pp. 160-161. Véase sobre este problema: Taylor, William B., *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

mismo lo que significaba el ser ladino. A tal punto llegó a desconfiar de ellos que, acerca de la información botánica que obtuvo de los indios de la venta del Carrizal, escribió: “Estas noticias que adquiri con gran trabajo de aquellos yndios solo se incluyen para poder comprobarlos quando se halle proporción”.²²

Pineda los llega a considerar extravagantes y malagradecidos y esto lo atribuye a que desde el siglo XVI los conquistadores descuidaron su educación.

Obedecen solo al rigor y nada se consigue con el buen modo. . . responden si mi amo si mi señor y se estan quietos aunque con las mejores palabras se les reconven- ga. Siempre permanecen mano sobre mano (hasta que se les dice) *mira perro Bribon picaro que le he de hacer o acontecer*. Entonces estos hombres al modo que unas máquinas cuyos resortes es menester que se tiren fuertemente empieza a moverse y a proporción de las amenazas o castigo adquiere mayor grado de autoridad. . . me he visto falto de todo socorro, atrasado en mi jornada y con muchas incomodidades hasta que me vali del rigor, gracias a su timidez y del aire que he dado a mis amenazas sin llegar a las vias de hecho he logrado el socorro que necesitaba. . . si les acompaña otra actitud no hubiera mejor milicia.²³

En esto último coincide plenamente con Alzate y Ramírez. También reconoce que este tipo de mecanismo para “mover” al indio se prestaba a incontables abusos e injusticias por parte de las autoridades. Observó que en casi todas las haciendas había instrumentos de tormento para aplicar a los indígenas; cepos, grillos, etc. En su opinión el problema era de difícil solución, puesto que, por una parte hacía falta quien mandara, y por otra, los indios podían quedar virtualmente reducidos a esclavos.²⁴ Pineda vilsumbró los alcances de esta actitud abusiva hacia el indio, sin embargo, no va al meollo del problema, no se pregunta cuál es el origen de la “ladinez” del nativo. Su docilidad y sumisión, tan preciada por el grupo dominante, se tornaba sumamente dañina contra el propio indio, ya que todos los miembros de la sociedad se sentían con derecho a humillarlos y explotarlos. Su única alternativa de defensa era la maña y, periódicamente, las rebeliones violentas. Es obvio que no se trata simplemente de “falta de educación”. Alzate, al fin criollo e hijo de la tierra, sí entiende al indio; él sabía perfectamente el por qué de esta actitud centenaria que pervive hasta hoy, porque ciertamente, el irrespeto hacia las comunidades indígenas por desgracia no ha cesado.

Antonio Pineda reparó en que los indígenas tenían costumbres muy relajadas respecto al amor. Para empezar, el concepto que los indios tenían de

22. AMNM, Ms. 563, f. 54v.

23. AMNCNM, Legajo 3 Carpeta, 8 (19).

24. AMNCNM, Legajo 3, Carpeta 5.

su cuerpo difería radicalmente del de los españoles. El naturalista los consideraba impúdicos porque se bañaban juntos hombres y mujeres “. . . contentándose con doblarse o dar la espalda al caminante”.²⁵ Por otra parte, ya vimos que sus vestidos dejaban al descubierto partes que el hispano cubría. En Acapulco el clima imponía la desnudez, propiciadora de que los jóvenes tuviesen relaciones sexuales “. . . apenas empieza a despertar su malicia”. Nuestro autor también escribió que la presencia de buques en aquel puerto favorecía la prostitución. La visita de las naos de Manila permitía a muchas mujeres obtener dinero para vivir el resto del año. Por otra parte, los bailes eran pretexto para deslices poco honestos y los curas no se daban abasto para meter en cintura a una numerosa y descarriada feligresía.²⁶

El naturalista oyó decir que en Chilpancingo las madres prostituían a sus hijas, lo cual no parece sorprenderle, pues añadió “. . . yo no he notado en los pueblos de esta corteza que merezca excepción esta Costumbre”. Ignoro si se refería a todos los pueblos de América o a los indígenas mexicanos. En todo caso, quizá el dato esté distorsionado, pues es una generalización excesiva. Pero continuando con sus viajes por la Nueva España, he aquí otra de las interesantes reflexiones de Pineda respecto a los hábitos eróticos de los naturales:

En mis viajes a Guanajuato observé que rara es la virginidad en gentes que viven en poblaciones desparramadas, fuera de la censura de la sociedad y de la reprehensión de la decencia. Apenas hay muger apta al Varon, que en las fiestas y francachelas no la roben. . . o por seducción o con su consentimiento de ella. . . los jueces eclesiásticos tienen frecuentes quejas sobre esta materia o bien porque duermen en pequeñas habitaciones los dos sexos. . . la timidez de las indias cede con facilidad a estos asaltos.

Y así es mas rara esta virtud entre estas gentes sencillas que en las ciudades mas corrompidas. Bien que sus favores cogidos por sorpresa no se venden y no ponen un precio que convierte en vilipendio una escusable flaqueza.²⁷

Por varios curas con los que trabó amistad, Pineda supo que éstos procuraban casar a las muchachas indias tan pronto sabían que hubiesen tenido relaciones con varón, según ellos, para evitar se corrompieran, pero Pineda se dio cuenta que también lo hacían porque esta medida aumentaba “. . . la percepción de sus Derechos”. Por otra parte el naturalista de Guatemala disculpó la liviandad de los indios, ya que al menos iba seguida de la procreación de hijos y no de la “. . . esterilidad que en Europa”. Ello explicaba en parte el gran número de hijos bastardos que anualmente se bautizaban en la colonia. Además, Pineda anotó en su enciclopédico diario que las mujeres

25. AMNCNM, Legajo 3, Carpeta 6.

26. González Claverán, *Malaspina en Acapulco*, pp. 94 y 98-99.

27. AMNCNM, Legajo 3, Carpeta 9.



India mexicana vendiendo

Felipe Bauzá: *India mexicana vendiendo arropía* (al parecer, un dulce que actualmente se llama "trompada"). Expedición Malaspina, Museo de América, Madrid.

indias —y las de la plebe en general— eran amorosas y dóciles con sus maridos “. . .caracter tan común aquí como raro en otras partes”.²⁸

Por cierto que para nuestro viajero la mujer india es una productora autómatas de tortillas, o hábil hilandera, es pues una mujer trabajadora y

28. AMNCNM, Legajo 3, Carpeta 11.

sumisa. No es coqueta; solamente a las indígenas de Puebla las consideró más garbosas, lo cual en su concepto las hacía “. . . preferibles generalmente al resto de las mexicanas”. La lectura de los documentos pinedianos nos deja clara una idea: hay pocos galanteos, pero el amor físico se da con una gran naturalidad entre los indios, mientras que la moral del grupo dominante europeo impone una galantería complicada y una rigurosa censura y represión a las relaciones sexuales fuera del matrimonio.

La religiosidad del indio

Nuestro autor estimó que en lo tocante a la religión los indígenas eran indolentes; lo adjudicó al insuficiente número de párrocos que había para atender a tan numerosa población. Al advertir el problema, Pineda aprovechó la ocasión para emitir un duro juicio acerca del clero español, pues le parecía inaceptable que habiendo tantos curas, todos o la mayoría prefiriesen la comodidad de las urbes dejando a los fieles del campo abandonados a su suerte. Antonio Pineda elogió el mérito de aquellos que aceptaban internarse en la provincia: ellos eran los que conocían las lenguas autóctonas y los que emprendían la importante tarea de incorporar a los indios a la cultura española. Sin embargo, advirtió que era preciso vigilarlos de cerca, porque solían aprovechar la falta de controles para convertirse en déspotas y explotadores de los naturales. Constatamos que el agudo Pineda percibió dos problemas que venían presentándose —sin solución— desde el siglo XVI. Las relaciones del indio con el español —así fuese el mediador de Cristo— tuvieron siempre su grado de dificultad, el cual naturalmente revestía diferentes características en un territorio tan enorme y tan variado como el novohispano.²⁹

Antonio Pineda observó que los indios eran supersticiosos, inclinados a las brujerías y que todavía había idólatras. También notó que estando en misa se comportaban con gran “cachaza”, y daban gran importancia a todos los detalles del ceremonial litúrgico. No le gustó como cantaban, y en suma, le pareció que en este renglón eran iguales a los indígenas de la América del Sur.³⁰

Ya señalamos que siempre tenían su *santocal* o adoratorio doméstico; gustaban venerar a los santos y gastar considerables sumas de dinero en las fiestas de los patronos de los diferentes pueblos, en las procesiones de Corpus, Semana Santa y otras conmemoraciones religiosas, que por cierto so-

29. González Claverán, *Malaspina en Acapulco*, p. 151. Según datos recabados por la Expedición Malaspina, los indios estaban anteriormente mejor atendidos y educados por los frailes, que entonces —es decir, a fines del siglo XVIII— por los curas. AMNM, Ms. 562, ff. 126-145.

30. AMNM, Ms. 95, ff. 23-23v.

lían ser pretexto para embriagarse. A guisa de ejemplo citaré el caso del asentamiento poblano de San Martín Guacachula, en donde los indios pagaban —a pesar de su miseria— 50 pesos por una fiesta, de los cuales, 12 se destinaban al padre predicador, 25 al coro, 10 para la comida, bizcocho y chocolate y por último, 3 pesos servían para comprar 2 docenas de cohetes.³¹ Por otra parte, Pineda también criticó la falta de compostura que observaban los indios capitalinos en festividades como:

. . .en posesión de Nuestra señora de Agosto en que los yndios pasean la Santa Ymagen con silvos, tropel y algazara sin formación y orden parando jente de los Balcones como si fuera una farsa.

En los viernes de quaresma, los yndios aguadores ponen cruces por las esquinas de las calles, por la tarde soleniza la fiesta emborrachándose.³²

El día de muertos se concentraba la gente en el Portal de Mercaderes para gozár y comer dulces en forma de frailes y otras figuras. Presumiblemente participaban en la fiesta, aparte de indios, castas y españoles; no obstante se excusaban de asistir “. . .las personas mas ynstruidas”. También supieron los expedicionarios que en la popular fiesta del día de muertos en México ocurrían desórdenes parecidos a los del día de San Juan, en Madrid.

Por último señalaremos que Antonio Pineda se refirió al mito de la aparición de la Virgen de Guadalupe, y a la gran devoción de los fieles novohispanos, entre los que se contaban muchos indios, quienes frecuentaban siempre esperanzados su recién construido santuario. Al respecto, él dejó muy claro en sus escritos que dudaba absolutamente de tal aparición. El científico y racionalista estaba muy por encima del creyente y católico Pineda.³³

Relación con autoridades y otros grupos raciales

Los indios estaban organizados desde el siglo XVI en “Repúblicas de Indios”, en donde supuestamente no debían habitar —entiéndase contaminar— españoles y castas. No obstante, este sistema no se respetó, por lo cual los indios tuvieron continuamente fricciones con autoridades civiles y eclesiásticas, así como con los otros componentes de la sociedad novohispana.

Pineda, quien visitó numerosas poblaciones de indígenas, consideraba poco hospitalarios a sus habitantes, en relación a los blancos de la América del Sur; pero en mi opinión la comparación no es válida, pues ni en México ni

31. AMNCN, Legajo 3, Carpeta 9. Estos gastos suntuarios formaban parte de lo que los antropólogos llaman la economía de *prestigio*. Bonfil Batalla, *op. cit.*, pp. 67-68. *Cit.*, en González Claverán, “Notas a un documento indigenista. . .”, en *Quipu*, p. 161.

32. AMNM, Ms. 562, ff. 126-145.

33. AMNCNM, Legajo 3, Carpeta 10. Véase también González Claverán, *La Expedición científica de Malaspina. . .*, p. 229.

en ninguna parte de América era equiparable la situación del indígena a la del criollo o peninsular. Además, los escritos de Alzate contradicen esta apreciación; el clérigo sí explica detalladamente el carácter hospitalario del indio y en todo caso, nos permite entender el que el indio se volviera escudridizo para evadir los abusos de los viajeros ladrones y explotadores.³⁴ Por otra parte, al naturalista y a sus compañeros más de una vez les atendieron las autoridades indígenas en sus modestas casas de comunidad, tal como se acostumbraba cuando pasaban por sus pueblos forasteros necesitados de techo y comida.

Es importante subrayar que los indios tenían fama de peleoneros y vengativos, pero lo cierto es que continuamente sufrían vejaciones y despojo de sus tierras. Respecto a ello vale la pena citar una anécdota que data de fines de 1791. La voracidad de ciertos terratenientes dejó sin tierras y agua a los indios de Copalillo. Por tal motivo el naturalista Antonio Pineda les recomendó presentar una queja formal ante Eusebio Ventura Beleña, protector oficial de las causas indígenas dentro del gobierno colonial. Así pues, a pesar de que en ocasiones llegó a referirse de manera áspera sobre los indios, este último gesto de solidaridad con ellos no nos deja ninguna duda acerca del perfil humanista y el hondo sentido de justicia que caracterizaba a nuestro incansable explorador.³⁵

Obviamente, las relaciones del indio con el grupo dominante solían ser difíciles y conflictivas. El naturalista apunta que los comerciantes *gachupines* —generalmente oriundos del norte de España— quienes llegaban con las manos vacías a América y en ella enriquecían, constituían una especie de sanguijuelas que chupaban la sangre a los míseros indios. Y en lo que toca al resto de la población, se decía que el indio odiaba a todas las castas y que a su vez, las castas les odiaban a ellos.

En opinión de Antonio Pineda, la mezcla de los indios con los españoles daba como resultado individuos físicamente agradables. Pero el mestizaje cultural no resultaba igualmente feliz. El indio influía en la manera de ser de buena parte de la sociedad, por ello, el novohispano solía ser melancólico, taciturno y poco locuaz: “. . .el carácter —se pensaba— sin duda es tomado ó imitado de los yndios”. Mientras que el negro pese a su esclavitud cantaba, alborotaba y hablaba a más no poder, “. . .estas gentes aun para comprar el pulque señalan con los dedos”.³⁶

El indio y la economía colonial

Antes de tratar el renglón referente a las actividades económicas desempe-

34. González Claverán “Notas a un documento indigenista. . .”, en *Quiipu*, pp. 157-158.

35. González Claverán, *Malaspina en Acapulco*, pp. 150-152.

36. AMNM, Ms. 562, ff. 126-145.

ñadas por el indígena, quiero apuntar que la *Comisión Científica Novohispana* se preocupó por contabilizar la población de Nueva España. En la capital reunieron datos demográficos de todo el virreinato y Antonio Pineda recogió informes en un gran número de parroquias de los pueblos visitados; asimismo calculó la población con base en el monto de los tributos recabados. No poseo la cifra total obtenida por ellos, pero se sabe que hacia 1793 la Nueva España tenía aproximadamente cinco millones de habitantes, de los cuales la mayoría (alrededor del 60%) 30 eran indios. Seguían en importancia numérica las castas o mestizos (de indio, español, y negro) y la minoría la constituían los criollos y los peninsulares. Pineda visitó tres de las intendencias con una mayor concentración de población indígena: México, Puebla y Guanajuato. En términos generales, hacia el norte de la ciudad de México predominaba la población criolla y mestiza, en tanto que en el centro y en el sur eran más abundantes los hombres de piel oscura.³⁷

La mayoría de los pueblos eran de indios y la ocupación fundamental de sus habitantes era la agricultura. Ya antes pusimos la llaga en un problema fundamental de la historia de México: la tenencia de la tierra. El naturalista Pineda detectó varias comunidades que vivían en la miseria a causa de no poseer terrenos para sembrar; por esta razón un gran porcentaje de indios se veían obligados a alquilarse en las haciendas, o a emigrar a las ciudades e incorporarse a la plebe urbana, como obreros, vendedores, etc.³⁸

Nuestro autor tuvo oportunidad de conversar con los indios y enterarse por su propia voz de sus problemas vitales, entre ellos los agrícolas. Acerca del gobernador de Guichilaque escribió:

Según su Gobernador que parecía racional [!], les provenía el atraso de la falta de reparto; destituidos de fondos por su constitución y su carácter, para proveer de los útiles y animales indispensables, necesitan un avilitador equitativo, y unos jueces que los hagan trabajar sin demasiada violencia para cubrir sus empeños.³⁹

El pequeño pueblo de Mixtepeque —como tantos otros— tenía puesta demanda a la hacienda de Guachinantla por invasión de sus pocas tierras; los indios sobrevivían del producto de algunos árboles frutales y de explotar la fibra del maguey; “Es de admirar —anotó el naturalista— que en un país donde todas las tierras están abandonadas estos pobres no tienen en que hacer sus siembras”. Ellos, por su parte, se quejaban con amargura de que los supuestos dueños sólo las cultivaban cuando les apetecía.

Los campos de los alrededores de Zempoala pertenecían a nobles y ri-

37. Taylor, *op. cit.*, pp. 38-39; Florescano, Enrique e Isabel Gil, “La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1950-1808”, en *Historia General de México*, T. II, México, El Colegio de México, 1976, p. 249.

38. Con lo cual, dicho sea de paso, eludían también el pago de tributo. Taylor, *op. cit.*, p. 45.

39. AMNM, MS. 563, ff. 75v-76.

cos terratenientes de la capital, entre los que se contaban los condes de Jala, el marqués del Valle, la marquesa de Selva Nevada, la hija del conde de Regla y el coronel Vivanco; aprovechaban los frutos de aquellos campos, mientras que los pobres nativos carecían de ocupación y labranza.⁴⁰

Aún en la intendencia de Guanajuato el viajero notó el grave perjuicio que causaban los grandes latifundios:

Los pueblos de yndios apenas tienen algunas tierras para su ganado y aun en los de la gente de razón no les sobra la tierra toda se halla ocupada por estas enormes haciendas de 8 de 10 y de 30 y hasta 50 leguas de travesía muy poco aprovechada con respecto al bien público y al interés del Príncipe cuya verdadera y mayor riqueza es el número de vasallos.⁴¹

Cabe señalar que el militar Pineda no dejaba pasar ninguna oportunidad para reiterar que “. . .muy útil sería para la población que los indios poseyeran tierras”, pues ellos eran los productores de alimentos que consumía la Nueva España, y por otro lado, estimaba que la agricultura era clave para la propagación de la especie. Como es bien sabido los españoles despreciaban las ocupaciones manuales, y entre ellas, las agrícolas; al decir de los viajeros de la Expedición Malaspina “. . . apenas pisan el suelo Americano quando el Don lisongea sus oydos”, de modo que representaban un cero a la izquierda en lo que se refiere a la producción alimenticia.

Para colmo de males, los indios eran exprimidos, tanto por los párrocos, a quienes pagaban el diezmo, como por el estado, a quién entregaban el tributo, símbolo jurídico y económico de su vasallaje. En ocasiones se veían obligados a vender sus instrumentos de labranza para cubrir sus necesidades urgentes, lo cual se traducía en una multiplicación de sus problemas, círculo vicioso del que no podían escapar.

Cabe apuntar que, pese a las tierras de comunidad y a la posesión de ranchitos con unas cuantas vacas y otros animales que pertenecían a los indios, la explotación de estas pequeñas propiedades apenas les rendía para sobrevivir. En términos generales, el campesino novohispano sólo sembraba la semilla necesaria para comer, principalmente porque no había destino para acomodar la producción excedente. Pineda menciona casos de indios previsores como los de la región de Calmecatlán, quienes con gran ingenio construían enormes graneros de barro con yerba; resultaban ser una especie de tinajas que alcanzaban tres varas de altura. Las cubrían con un techo de palma por donde introducían el grano.

40. AMNCNM, Legajo 3, Carpeta 3.

41. AMNCNM, Legajo 3, Carpeta 6.

Por dentro esta perfectamente enlodada y lisa y abajo de su pie tiene un orificio para ir sacando el maíz que sale por su propio peso. . . el grano se conserva sin que se pique en un país caliente donde se perdería sin aquella precaución 20 años o más.⁴²

Vale la pena recordar que apenas un lustro antes de la llegada de la Expedición Malaspina a Nueva España, el reino sufrió una terrible hambruna que costó la vida a cerca de 300, 000 personas. Sin embargo, no es corriente que Antonio Pineda describa o mencione trojes localizadas en los ranchitos de indios; acerca de este punto no está de más subrayar que, aparte del problema de la distribución oportuna de las cosechas, es fundamental el hecho de que al indígena sólo le interesaba producir lo necesario para subsistir y no le obsesionaba el excedente, como a los hombres de mentalidad capitalista.⁴³

El grano de maíz era el cultivo preferente y más generalizado en los campos de Nueva España. También era importante el chile, el frijol, la caña de azúcar, el maguey, etc. Se explotaban los árboles frutales, las resinas de los bosques y otros productos naturales. Muchos campesinos indígenas se ocupaban periódicamente en otras labores como en los trapiches (donde se les pagaban en dinero cuatro pesos de salario al mes, y en especie, sal, chile y maíz) y en la minería. Citemos el caso del pueblo de Zumpango, sobre el cual Pineda escribió el párrafo siguiente:

La población de Zumpango se compone de jente de razón y de naturales. . . La industria de los naturales se reduce a la fábrica de petates y el cultivo los mas de los veranos ban a trabajar las minas. . . distantes 50 leguas ganan jornales de 6 reales y regresan a sus familias para ensemantar las tierras entre tanto sus mujeres se exercitan en texer y hilar el Algodón de Acapulco.⁴⁴

Los indios hacían los trabajos más duros y peligrosos en las minas y en las haciendas de beneficio, por ejemplo acerca de los empleados en la hacienda Tepetistlala, nos refiere Pineda que cuarenta indios aplastaban con los pies los amasijos de mineral; el ambiente que privaba en aquel establecimiento era de lo más nocivo para la salud, “. . .es de admirar —escribió nuestro explorador— que entre estas jentes libres hay quien se encargue de este funesto ejercicio digno suplicio de delinquentes”.⁴⁵

Otras de sus incontables ocupaciones eran la industria de los más variados artículos, con los cuales comerciaban con regiones a veces muy distantes de su asentamiento, encargándose ellos mismos de su traslado, es decir,

42. AMNM, Ms. 562, f. 205.

43. Bonfil Batalla, *op. cit.*, pp. 57-58.

44. AMNM, Ms. 563, f. 46v; Ms. 562, f. 18.

45. González Claverán, *La Expedición Científica de Malaspina*. . . , pp. 326-327.

también sobrevivían trabajando de arrieros. Los indios desempeñaban pues los más diversos oficios y sobre ellos recaían las tareas más ingratas y difíciles de la economía colonial. Antonio Pineda reconoce su abnegación, su ingenio y su destreza, pese a que también insiste en que son desiduosos para el trabajo; respecto a esto último, se estimó que la flojera del indio no era un vicio o defecto inato, sino una consecuencia del clima de la Nueva España que también afectaba el rendimiento físico de los otros grupos étnicos.⁴⁶

El militar de Guatemala también se refirió al trabajo de los indios urbanos: cigarreros, polvoreros, comerciantes, hábiles artesanos, etc. El y otros hombres instruidos, como Alzate, les consideraron aptos para el estudio de las ciencias, pero eran más que excepcionales los indígenas puros con un alto nivel académico a la europea: la Universidad era inaccesible para la mayoría de la población autóctona.

Cuando el naturalista Antonio Pineda abandonó la Nueva España en diciembre de 1791, había alcanzado sin duda un conocimiento más o menos profundo acerca del indio y su *modus vivendi*. Los hombres de su tiempo no pudieron aprovechar cabalmente su invaluable información, pero los estudiosos del siglo XX estamos en deuda con este personaje fuera de serie, cuyos diarios son un manantial donde es menester beber para tener una idea más clara de cómo vivía la población novohispana en 1791, y en especial, de la mayoría formada por indígenas, hombres de piel bronceada cuya resignación y miseria no dejaba traslucir fácilmente que eran los herederos de un espléndido pasado histórico, cuyo estudio, por cierto, empezó a fascinar cada vez más a los ilustrados.

Para cerrar este capítulo antropológico, quiero señalar que los artistas de la expedición nos dejaron por fortuna algunos dibujos de los indios mexicanos,⁴⁷ retratos y escenas que no son raras ni ajenas hoy, entre los indios del siglo XX, lo cual, junto con los textos pinedianos, nos hace pensar que, en esencia, la realidad de las comunidades indígenas de México no está tan lejana de la que describió Antonio Pineda y Ramírez en 1791.

46. *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida al mando de los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794*. Publicado con una introducción de Pedro de Novo y Colson, Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijos de Abienzo, 1885, pp. 409-410.

47. Me apegaré a los signaduras que ofrece la autora en su catálogo: Sotos, María del Carmen, *Los pintores de la Expedición de Alejandro Malaspina*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982, T. II. a) Felipe Bauzá: "India mexicana vendiendo arropia". Fig. 447, Cat. 447, Museo de América, Madrid. b) Felipe Bauzá: "Indios Mexicanos" Fig. 449, Cat. 448, Museo de América Madrid. c) Antonio Pineda: ["Familia Mexicana de indios caminantes"] Fig. 451, Cat. 449, Museo de América, Madrid, d) Anónimo: "Indias Mexicanas". Dibujo de escasa calidad donde aparecen dos mujeres ataviadas con faldas de la tierra con diseño geométrico, y rebozos, uno de ellos de "Marbru". Fig. 452, Cat. 451, Museo Naval, Madrid.